

AMINA

IV Premio de Teatro Breve José Moreno Arenas.

Lectura dramatizada. CDAEA de Sevilla y en Casa de la
Cultura de Albolote. Granada. 2013.

PERSONAJES

Amina Nafel: 16 años

Mustafá Alam: 25 años

Señor Nafel: 45 años, padre de Amina.

Señora Nafel (Madre): 35 años, madre de Amina.

Primera señora Nafel (primera esposa del señor Filali): 45 años.

Señor Alam: 55 años, padre de Mustafá.

Señora Alam: 45 años, madre de Mustafá.

Mediadora: 50 años.

Mediador: 60 años.

Zaida: 35 años, maquilladora ritual.

Jefe de Policía: 45 años.

Novia: 16 años.

Vendedor: 60 años.

Figuración:

Corte de peluqueras, maquilladoras y modistas de entre 20 y 35 años.

Amigos del novio de entre 20 y 35 años.

Fuerzas de seguridad.

ESCENA PRIMERA

Sonido de las olas del Atlántico que embisten con fiereza la costa marroquí. El escenario muestra un suelo de arena hecha con material sintético y sobre este manto unos caminos de madera como los que se encuentran en nuestras playas de acceso, pero elaborados con materiales envejecidos y con plataformas a modo de balsas. Estos servirían para convertirlos en las casas más adelante y aprovechar los momentos de la playa para bajarlos a la arena y poderlos teñir de azul. Es un espacio muy simple que se armaría según antojo con elementos para darle un sentido. Como telón de fondo un ciclorama marcar los momentos del mar, interiores, el campo...

En el escenario, una falda ensangrentada está presa entre las ramas secas de un arbusto solitario en medio de una árida llanura. Algo más allá hay un zapato de adolescente parcialmente enterrado por la arena. Finalmente, Amina, de quince años, yace en la tierra boca abajo. Los labios entre abiertos cubiertos de polvo, los párpados cerrados, su cara sucia y el pelo enmarañado dan a la joven aspecto de abandono y muerte. No lleva falda, ni ropa interior y solo calza uno de los dos zapatos, pareja del que está casi sepultado, como ella, enterrado en vida.

Las olas cobran intensidad, la luz de escena desaparece...

ESCENA SEGUNDA

Cuando regresa la luz al escenario, nos encontramos en el pueblo de Chourfa, en la costa atlántica de Marruecos, a mitad de camino entre Asilah y Larache. Es un lugar llano y alto, de temperaturas extremas y mucha aridez. Se va a celebrar una boda entre dos familias de orígenes muy pobres, los Nafel y los Alam. Ambas partes están dispuestas una frente a otra, sentados en torno a una mesa con té y pastelillos hechos de nueces, almendras, pistacho, miel y dátiles y servidos en tayins. Supuestamente todos deben comer de la misma fuente como representación de la unidad familiar. Pero no es así. Nadie come nada. Entre ellos no se percibe la unidad tan compacta que durante este rito es habitual entre los familiares de cada uno de los consortes. De hecho, hay una tercera familia vinculada a los Alam presente. Tras unos segundos de tenso silencio, la madre de Amina, la futura esposa, habla con un susurro enérgico que capta la atención de todos.

MADRE: Mi hija Amina ni siquiera ha sido bañada en el hamman...

MEDIADORA: Tu hija ya no podía ser purificada.

El señor Nafel mira agresivamente al novio, Mustafá. Va a decir algo, pero el mediador, un hombre de aspecto sabio, le hace un gesto para que calle.

MADRE: Amina no estará protegida por los yenuun el día de su boda... Pobre hija mía...

MEDIADOR: Ahora no pensemos en eso. Lo hecho, hecho está. Pero coincidireís conmigo en que lo sucedido es, sobre todo, un gran deshonor para Amina.

Silencio. Miradas de unos a otros. Mustafá no agacha la cabeza en señal de arrepentimiento como espera el padre de Amina y es la señora Alam la que habla en su defensa de forma tajante.

SEÑORA ALAM: Amina provocó a mi hijo Mustafá.

El señor Nafel se levanta brusco. Ya no puede más. Enseguida los mediadores interfieren poniendo paz.

MEDIADORA: Piensa en tu hija, tienes que aceptar y limpiar su honor... ¿quién se casará con ella ahora que ha sido deshonrada?

SEÑORA ALAM: La vamos a mantener nosotros, ¿qué más quiere señor Nafel?

MADRE: (Llora.) Mi hija, mi pobre niña...

PRIMERA SEÑORA NAFEL: (Consolándola.) No llores... (A su marido.) No retires la denuncia. Que Mustafá vaya a la cárcel por lo que ha hecho. Tu hija Amina no se merece esto, después de lo que ha pasado, la pobre criatura...

MEDIADOR: (Al señor Nafel.) Piensa en lo que te digo. Eres pobre, a duras penas mantienes a tus dos esposas, ¿cómo alimentarás también a una hija deshonrada?

SEÑORA ALAM: La niña estará bien con nosotros...

MEDIADORA. El señor Alam ha prometido que no le faltará de nada a Amina y que su hijo se portará honorablemente con ella, ¿no es así señor Alam?

El señor Alam, por toda respuesta, mira al señor Nafel y luego a su hijo. Mustafá y el señor Nafel intercambian una gélida mirada. El lugar queda oculto por las sombras para centrar toda la atención en...

ESCENA TERCERA

... otro lugar del escenario, Amina es preparada por Zaida, la maquilladora ritual y su corte de peluqueras, maquilladoras y modistas, que agasajan a la novia para que luzca bella. Zaida decora las manos y pies a base de henna para que actúe como talismán que elimine 'el mal de ojo', para lo que dibuja arabescos y caligrafías simbólicas. Otras mujeres peinan y visten a la joven y van de aquí para allá, cogiendo telas, vestidos, adornos, en un ambiente jocoso y alegre que contrasta poderosamente con el semblante taciturno y ausente de Amina.

ZAIDA: Escucha, Amina. Te voy a contar un cuento para que no estés triste. Y cuando termine de pintar tu cuerpo, ningún yenuñ travieso podrá hacerte daño. Escucha con atención, Amina, la historia que te voy a contar.

Mientras Zaida cuenta la historia, el cortejo de mujeres la representa mediante pantomimas y bailes improvisados con acierto.

ZAIDA: Había una vez un hombre malvado que tenía un carácter tan violento que no podía ver nada sano ni bonito sin estropearlo. Llegó a orillas de un oasis donde había una joven y hermosa palmera en pleno crecimiento que con una de sus

hojas hirió los ojos del hombre cuando éste pasó junto a ella a lomos de su camello. El hombre, enfurecido, tomó una piedra pesada y la puso encima de la corona de la joven palmera a modo de castigo. Luego, continuó su camino con la cabeza bien alta... La joven palmera se sacudió, se inclinó e intentó por todos los medios posibles deshacerse de la piedra, pero estaba fuertemente puesta encima de su corona y no lo logró. Entonces, la joven palmera arañó el suelo y lo excavó y se mantuvo en pie a pesar de la enorme piedra. Como no podía estirar sus ramas, fue hundiendo sus raíces hasta que encontró las vetas de agua más escondidas del oasis, que la alimentaron y fortalecieron, dándole tal vigor que empujó la piedra tan alto, que ya ningún árbol hacía sombra a su corona. Y así, llegó a convertirse en una palmera reina. Al cabo de unos años volvió el malvado hombre para alegrarse la vista con el árbol que había estropeado. Buscó y buscó y se sorprendió al no encontrar nada. La palmera, orgullosa, bajó su corona, enseñó la piedra y le dijo: “Debo darte las gracias porque tu carga me ha hecho fuerte.”

Amina y Zaida se miran.

ZAIDA: ¿Has entendido la historia que te acabo de contar, Amina?

Amina responde en un tono suave y obediente.

AMINA: No sé... No estoy segura...

De pronto, un gran estruendo de voces llega procedente de varias partes del

escenario. La luz, intensa y aplastante invade la escena para dar paso a...

ESCENA CUARTA

... los amigos del novio vienen a "raptar" a la novia y llevarla a casa de los suegros como marca el ritual. La chica es recibida con todos los agasajos posibles mientras el novio, Mustafá, es el último en entrar. Cuando lo hace, Amina queda petrificada y se esconde tras Zaida. Ésta la agarra por los hombros y la zarandea.

ZAIDA: Es tu rapto, Amina. Los amigos del novio han venido para llevarte a casa de tus suegros. Tus padres han consentido...

AMINA: No, no puede ser...

ZAIDA: Lo siento. Lo siento mucho.

Zaida abraza a la joven.

ZAIDA: La palmera, Amina, recuerda la palmera...

Pero Amina está demasiado asustada y no reacciona. Toda la corte que la preparaba entona un grito al principio jovial que enseguida se torna amargo. Las mujeres hacen un cerco alrededor de la joven Amina, pero los amigos del novio tratan de forzar el rapto, siguiendo la tradición. Amina se resiste, ocultándose aún

más tras su benefactora. La corte que la preparaba la protege con fuerza. Se suceden unos momentos de tensión en los que ellas ponen resistencia física al raptó con danzas giratorias para desconcertar a los amigos del novio. Algunos tratan de romper el cerco a la fuerza y otros abriéndose paso con argucias por entre las piernas y faldas de las mujeres. Al fin, el cerco se rompe. Las mujeres caen al suelo, derrotadas como un castillo de naipes. Amina queda indefensa. Zaida tiene que apartarse para dejar paso a Mustafá, que siguiendo el rito, besa en la frente a la joven. En ese momento, entran los suegros seguidos del padre de Amina y sus dos esposas. Los mediadores son los últimos en llegar e introducen la leche y el dátil. Todos hacen un pasillo para que los dos ancianos lleguen hasta los novios. La mediadora lleva el cántaro de la leche y el anciano la fuente de los dátiles.

MEDIADORA: Acepta, Amina, esta leche y estos dátiles, como elementos de buena suerte, que serán comidos y bebidos por ambos para sellar vuestra boda.

Amina está atemorizada. Su madre la mira con un dolor inconmensurable. Su padre asiente indicándole con este gesto que acepte la ofrenda. Mustafá coge un dátil y se lo come. La mediadora acerca la fuente de leche a los labios de Amina, casi obligándola a beber. Zaida aparta la vista. El señor Alam se acerca hasta la joven y le extiende un manojo de llaves y un succulento trozo de pan.

SEÑOR ALAM: Acepta estas llaves y este pan, en representación de tu nuevo hogar.

Amina extiende sus manos con resignación y su suegro deposita las ofrendas. En cuanto estas se encuentran en las manos de Amina, todas las mujeres lanzan un grito al unísono cargado de angustia y dolor.

ESCENA QUINTA

Regresamos al decorado de la Escena Primera. El sonido de las olas del Atlántico contra la costa marroquí se han debilitado. Sobre el escenario, la falda ensangrentada sigue presa entre las ramas secas del arbusto y el viento la ha hecho jirones. Amina yace en la tierra boca abajo con los labios entre abiertos cubiertos de polvo y los párpados cerrados, sucia, enmarañada, a medio desvestir.

Algo más allá, su zapato adolescente enterrado por la arena es encontrado por una mujer que enseguida descubre los restos de la tragedia, grita y corre a auxiliar a la joven. La mujer la coge entre sus brazos, oye que respira...

MUJER: Niña, niña, ¿qué te han hecho? Despierta, despierta. ¡Abre los ojos!

Amina tose y abre los ojos... La mujer, emocionada, la abraza.

MUJER: Alabado sea. ¡As salamu alaikum ua rahmatullahi ua barakatuhu!

ESCENA SEXTA

Las fuerzas de seguridad atienden la demanda que hace la familia Nafel (padre y primera esposa), que se encuentran en medio del escenario en torno a una mesa de madera ruínosa. El jefe de policía está sentado en un sillón de cuero viejo. Tras él, dos policías. El señor Nafel, con aspecto abatido y roto, está sentado frente a él con la cara entre las manos. Su primera esposa lo consuela. El jefe de policía los observa como dándoles su tiempo.

JEFE DE POLICÍA: Entonces... Estamos de acuerdo en que la vida de su hija Amina cambió hace ocho meses. Tenía quince años cuando Mustafá Alam abusó de ella sexualmente y la abandonó en la llanura... ¿No es eso?

El padre asiente sin levantar la cabeza que sigue oculta entre sus manos.

JEFE DE POLICÍA: ¿Por qué han tardado tanto en denunciarlo? Ese hombre ya podría estar entre rejas. Ha deshonrado a una menor... Usted, señor...

Comprueba el nombre en una carpeta gris que tiene sobre la mesa.

JEFE DE POLICÍA: Señor Lahcen Nafel, lo denuncia ahora, ocho meses después, por perversión de menores. ¿Correcto?

El señor Nafel asiente. Al fin levanta la cabeza y mira al jefe de policía. Su gesto

es interrumpido por la mediadora y el mediador, que entran en ese momento seguidos de otros dos policías que intentan frenarlos.

MEDIADORA: ¡As-Salâmu ‘Alaikum!

JEFE DE POLICÍA: ¡Wa alaikum as salam ua rahmatullahi ua barakatuhu! ¿A qué se debe este alboroto?

MEDIADORA: Somos familiares de Mustafá Alam y nos ofrecemos como mediadores.

JEFE DE POLICÍA: Señor Nafel, ¿acepta la mediación?

La señora Nafel niega, pero el señor Nafel está tan destrozado anímicamente que no contesta, lo que es tomado como un “sí” por el jefe de policía.

JEFE DE POLICÍA: Procedan.

MEDIADOR: Mustafá Alam está dispuesto a desposar a Amina Nafel y así limpiar la deshonra.

MEDIADORA: Queremos recurrir al artículo 475 del Código Penal marroquí.

PRIMERA SEÑORA Nafel: ¿Qué dice ese artículo?

JEFE DE POLICÍA: Permite al agresor o violador de una menor casarse con su víctima y evitar así el juicio y la probable pena de cárcel.

MEDIADOR: (Interrumpe, molesto.) ¡Al hacerlo reconoce su culpabilidad!

JEFE DE POLICÍA: Sí, eso también... La decisión está en manos de usted, señor Nafel. La niña es una menor. Si dan su consentimiento, un juez de familia de Larache autorizará entonces el matrimonio como lo requiere la moudawana, nuestro sagrado código de familia. Eso es todo. Pueden marcharse. Hasta que se

decidan, Mustafá Alam seguirá en la cárcel.

En ese momento se ilumina la figura de Mustafá Alam, el violador, que hasta ahora ha permanecido en la sombra. Mustafá tiene las muñecas esposadas por delante de su cuerpo, el gesto desafiante, la mirada altiva y sagaz de un zorro... El señor Nafel no soporta la supremacía de su gesto. Se levanta y abandona el espacio, seguido por su mujer. Tras ellos, se van los mediadores y, finalmente, la policía. Mustafá queda solo, en medio de la luz, imponente, intocable.

ESCENA SÉPTIMA

Estamos en el pueblo de Chourfa, en la costa atlántica de Marruecos, a mitad de camino entre Asilah y Larache. Llano, alto, de temperaturas extremas... Árido. Amina está siendo mecida por su madre, ambas sentadas en el suelo, abrazadas en torno a la mesa con los tayins de los pasteles. La madre entona una cancioncilla popular marroquí.

AMINA: ¿Por qué mamá, por qué? No quiero casarme con ese hombre, me hizo daño, mucho daño. Sueño con él y me da miedo. Tengo miedo, mamá. ¿Por qué tengo que casarme con él? Me duele todo sólo de pensarlo... Mamá, por favor, mamá...

MADRE: Shhhhh, calla Amina, calla.

AMINA: No quiero la honra. No me entregues a ese hombre... ¡Me quiere muerta!

No le importó dejarme allí, sola, cubierta por la arena y el viento sangrando... No le importó romper mis ropas, desgarrar mis faldas y ... Me hizo tanto daño, mamá...
¿Qué vida me espera a su lado, dime, qué vida?

MADRE: Shhh, calla, Amina, calla.

AMINA: ¿Para salvarse él de la cárcel tengo que sufrir yo esa condena? ¿Qué ley es esta, mamá? ¿Qué justicia? Por favor, dile a papá que no lo haga, que no me encierre así en vida.

MADRE: Shhh....Ha confesado su arrepentimiento, dice tu padre. Acepta su culpa y quiere nuestro perdón.

AMINA: El mío no lo tiene.

MADRE: Shhh... Calla, Amina, calla. Nosotras tenemos que callar.

La madre abraza a su hija con lágrimas en los ojos.

ESCENA OCTAVA

Es verano en Chourfa, en la costa Atlántica de Marruecos. Un lugar con pequeñas colinas áridas, de arbusto seco y olivos, donde el color de la tierra se confunde con el de la arena polvorienta. Amina trabaja duramente el cultivo supervisada por su suegra, la señora Alam.

A pie de escenario, Zaida decora a una nueva novia con los símbolos de henna mientras habla sin perder la concentración en lo que dibuja.

ZAIDA: Amina se ha ido a vivir a casa de sus suegros. Su marido, Mustafá, es un trabajador agrícola a sueldo y no tiene ingresos regulares para disponer de su propia casa.

NOVIA. ¿Y es feliz?

Zaida la mira.

NOVIA: Amina, ¿es feliz o no?

ZAIDA: Te voy a contar una historia...

Mientras Zaida relata la historia y la novia escucha, Amina trabaja azorosamente la tierra, con el cuerpo encorvado, las rodillas destrozadas por las piedras y quemada su piel por el instigador sol marroquí. Su suegra no la ayuda ni la levanta cuando cae, más bien la increpa con gestos para que no desfallezca y siga trabajando.

ZAIDA: Una bella princesa estaba buscando consorte. Ricos y nobles señores habían llegado de todas partes para ofrecer sus maravillosos regalos. Entre los candidatos se encontraba un joven plebeyo, que no tenía más riqueza que amor y perseverancia. Cuando le llegó el momento de hablar, dijo: "Princesa, te he amado toda mi vida. Como soy un hombre pobre y no tengo tesoros para darte, te ofrezco mi sacrificio como prueba de amor. Estaré cien días sentado bajo tu ventana, sin más alimentos que la lluvia y sin más ropas que las que llevo puestas. Esa es mi dote..." La princesa, conmovida por semejante gesto de amor, decidió aceptar

prometiéndole que si pasaba la prueba, la desposaría. Así se sucedieron los días y las semanas. El pretendiente estuvo sentado, soportando los vientos, la nieve y las noches heladas. Sin pestañear y con la vista fija en el balcón de su amada siguió firme sin desfallecer. De vez en cuando, la cortina de la ventana real dejaba traslucir la esbelta figura de la princesa, que con un noble gesto aprobaba la faena. Al llegar el día noventa y nueve, los habitantes habían salido a animar al plebeyo que apunto estaba de concluir su prueba. Hasta que, de pronto, cuando faltaba una hora para cumplirse el plazo, el plebeyo se levantó y en silencio se alejó del lugar. Semanas después, mientras deambulaba por un solitario camino, un niño lo alcanzó y le preguntó: “¿Qué fue lo que te ocurrió? Estabas a un paso de ganar a la princesa a la que tanto amabas, ¿por qué te retiraste? Consternado y con lagrimas en los ojos contestó en voz baja: "Si ella no me ahorró un día de sufrimiento, ni siquiera una hora, es porque no merecía mi amor”.

NOVIA: ¡Qué historia tan bonita! ¡Cuéntame otra Zaida!

ZAIDA: Pero, ¿la has entendido?

NOVIA: Sí, Zaida.

ZAIDA: ¿Has comprendido la historia de verdad? Es muy importante.

NOVIA: La moraleja es que el merecimiento es dignidad, no egolatría... No te merece el esposo que te haga sufrir.

Amina cae rendidas sus fuerzas de tanto trabajar. Su suegra se levanta enérgica.

SEÑORA ALAM: ¡Levanta, levanta niña! ¡Eres una vaga! ¡No vales nada!

La Señora Alam la levanta a la fuerza.

SEÑORA ALAM: ¡Eres una chica sucia, una prostituta!

Amina trata de zafarse de la mujer.

SEÑORA ALAM: ¡Tú y solo tú eres la causante de tu sufrimiento!

Amina forcejea con brío en un acto de rebeldía absoluto.

SEÑORA ALAM: ¡Tú seduciste a mi buen hijo!

Amina no puede más y echa a correr, huyendo de allí.

ESCENA NOVENA

Amina llega hasta su padre, que se encuentra cargando paquetes con ayuda de sus dos esposas en una carretilla. Su madre enseguida la abraza.

MADRE: ¡Amina, Amina!

AMINA: ¡Papá, mamá!

PRIMERA SEÑORA NAFEL: ¿Qué te han hecho?

AMINA: Perdóname padre, quiero volver a casa.

SEÑOR NAFEL: Pero, ahora estás casada...

PRIMERA SEÑORA NAFEL: No está a gusto en esa casa. No podía ser de otro modo.

MADRE: ¿Te tratan mal, hija?

Amina rompe a llorar.

SEÑOR NAFEL: Con dos esposas tengo que mantener una doble familia... Y una hija deshonrada... Nunca podré casarte de nuevo, Amina, ¿es que no lo entiendes?

MADRE: Trabajaré para que no nos falte de nada.

PRIMERA SEÑORA NAFEL: Las dos trabajaremos, pero no rechaces a tu hija.

MADRE: Amina no está a gusto en esa casa.

PRIMERA SEÑORA NAFEL: Para ellos, Amina es la deshonra, la vergüenza de su hijo.

SEÑOR NAFEL: Amina, vete. Vuelve a la casa a la que ahora perteneces.

AMINA: Papá no, no me mandes a la muerte.

SEÑOR NAFEL: ¡Vete, hija mía, vete!

Amina mira a unos y a otros consternada, sin poder creer lo que sucede, sin entender el rechazo. Su madre extiende los brazos hacia ella, pero enseguida su padre se los baja. Amina echa a correr y desaparece de escena.

PRIMERA SEÑORA NAFEL: Pobre niña... ya está muerta.

ESCENA DÉCIMA

La carrera de Amina la lleva nuevamente a casa de su suegra. Es primera hora de la tarde de un sábado seco y amarillento. La niña se topa con un vendedor envuelto en una túnica de tela de saco, color parduzca. El hombre la increpa y ella no tiene más remedio que detenerse.

VENDEDOR: Cómprame algo, niña.

AMINA: ¿Qué vendes?

El vendedor deja un saco que llevaba a la espalda en el suelo y lo abre en dos, desplegando todo su contenido sobre el suelo polvoriento y levantando con ese gesto la arena.

VENDEDOR: Mira. Tengo semillas para que crezca el trigo, incienso para perfumar la casa... Ropa, cacharros de cocina... Utensilios y quincalla.

AMINA: Esas cosas de metal tienen poco valor...

VENDEDOR: ¡Son valiosas! Tijeras para cortar, agujas para coser... O bisutería, para que luzcas guapa.

AMINA: No quiero estar guapa.

VENDEDOR: Entonces, ¿qué buscas?

AMINA: No sé...

VENDEDOR: Recorro los pueblos cercanos una vez al mes para vender los excedentes de mi cosechas y algún producto artesano que hace mi mujer. Pero

hoy, no es ese día.

AMINA: Tampoco es eso lo que quiero...

VENDEDOR: Los sábados vendo huevos, animales domésticos y verduras que mi hermano y su mujer crían en sus corrales y huertos. Pero hoy, tampoco es sábado.

AMINA: No quiero tus animales ni los frutos de tu huerto.

VENDEDOR: Los domingos, mi cuñada prepara buenos dulces y panes.

AMINA: Hoy no es domingo. Y ahí, ¿qué llevas?

Amina señala una bolsa más pequeña, de color negra, que el hombre lleva atada a la cintura. El vendedor saca el contenido enumerándolo.

VENDEDOR: Matarratas, maticucurachas, matamosquitos, mata pulgas, mata garrapatas...

AMINA: ¡Quiero uno!

VENDEDOR: ¿Garrapatas?

AMINA: ¿Cuál es el más fuerte?

VENDEDOR: El veneno que mata lo que más tememos.

Amina piensa unos segundos y, finalmente, señala unos sobres, los más grandes, de color verde. El vendedor le extiende el matarratas.

AMINA: El matarratas. ¿Cuánto es?

VENDEDOR: La voluntad.

Amina entrega al hombre un collar que lleva al cuello, una fina cadena con una piedra azul y se va. El vendedor recoge todas sus cosas y acaba marchándose también.

ESCENA UNDÉCIMA

Mustafá espera a la mesa sentado junto a su padre y su madre en el salón de su humilde vivienda.

MUSTAFÁ: ¡Tenemos hambre, mujer!

SEÑORA ALAM: ¡Qué niña tan torpe!

SEÑOR ALAM: Demasiado joven...

SEÑORA ALAM: Tendremos que aguantarnos.

MUSTAFÁ: ¡Amina, la comida!

SEÑOR ALAM: Aprenderá...

SEÑORA ALAM: No le quedará otra.

MUSTAFÁ: ¡Amina!

Amina entra con un pesado caldero lleno de sopa humeante.

MUSTAFÁ: ¿Sopa? ¿Dónde está la carne?

AMINA: No había nada en el mercado que pudiésemos comprar.

SEÑORA ALAM: Sopa.

MUSTAFÁ: ¿Y las verduras que traje ayer?

AMINA: Macerando para un guiso que cocinaré mañana.

SEÑOR ALAM: Sopa...

AMINA: ¿Sirvo?

Los tres la miran.

ESCENA DUODÉCIMA

Amina está ahora sola, sentada de rodillas a la mesa. Come las verduras que ha dejado macerando mientras canta una cancioncilla infantil. A cada cucharada que toma le dan arcadas, pero ella no deja de comer, con lágrimas en los ojos. De pronto, empiezan a sobrevenirle los dolores de estómago que el matarratas que ha puesto a sus verduras le provocan. Amina se retuerce de dolor, grita, pero en cuanto logra sobreponerse un poco, toma una nueva cucharada. Y así una tras otra, arcada sobre arcada, dolor entre dolor hasta que le entran ganas de vomitar. Pero Amina no quiere echar el veneno para que éste haga efecto cuanto antes y pueda morir ya. Cuando arrecian con fuerza los dolores, Amina suelta un alarido. Mustafa acude enseguida.

MUSTAFÁ: ¿Qué pasa? ¿Qué haces? ¿Por qué gritas y molestas?

De la boca de Amina sale una espuma blanquecina y asquerosa. Mustafá retrocede.

MUSTAFÁ: ¿Qué has hecho?

La muerte de Amina se produce entre espasmos agónicos y tortuosos. Mustafá se echa las manos a la cabeza y Amina, al fin, deja de sufrir. Su mirada muestra un asombro gélido frente a su propia muerte mientras su cuerpo yace tieso a pie de escenario. Mustafá comienza a gritar, asustado, pidiendo auxilio, pero ya es demasiado tarde. Su madre y su padre acuden enseguida y cuando comprueban lo sucedido, se echan las manos a la cabeza.

SEÑORA ALAM: ¡Qué tragedia, otra deshonra, qué tragedia!

SEÑOR ALAM: Marcados para siempre, ¡qué desdicha!

Va llegando gente a la escena, vecinos, amigos, familiares. Nadie se atreve a tocar ni a acercarse más de la cuenta al cuerpo sin vida de Amina, como si todos se sintieran culpables.

Zaida llega abriéndose paso entre la gente y descubre el cadáver de la joven desposada. Se tira al suelo y la abraza.

ZAIDA: Amina, dulce Amina, ¿Por qué no entendiste la historia?

Al fin llega la familia Nafel. La madre de Amina lanza un grito, un alarido, y cae al suelo y con ella la luz de escena se apaga.

FIN